

Su título lo dice todo: *Claribalte: libro del muy esforzado e invencible caballero de Fortuna Don Claribalte, nuevamente emprimido y venido en esta lengua castellana: el cual procede en nuevo y galán estilo de hablar, por medio de Gonzalo Fernández de Oviedo, alias de Sobrepeña, vecino de la noble villa de Madrid.*

Las ensoñaciones de la caballería andante y la realidad del oro americano: en Oviedo, como en tantos otros españoles de la época, la rapacidad convive con la hidalguía, el más sublime platonismo con el más crudo materialismo, y el alborear renacentista con el ocaso de la Edad Media. Como lo dice Antonello Gerbi, en el mejor estudio existente sobre Oviedo, incluido en su libro *La naturaleza de las Indias Nuevas*, 1978, en el Renacimiento español, al lado de los elementos innovadores y progresistas, sobreviven tenaces elementos medievales:

Del romancero a la «encomienda», del sueño imperial de Carlos V a la filosofía de Suárez, las creaciones más típicas de la Edad Media, el feudalismo, la caballería, la monarquía universal, la escolástica, reviven y vuelven a florecer en el primer «siglo de oro» español (pág. 365). Agregando: Oviedo, apenas hace falta repetirlo, es un firme creyente católico, un hidalgo y un español, con toda altivez e incluso toda la vanagloria de su nación y de su rango, un funcionario cuya lealtad al emperador conserva todavía mucho de la devoción del vasallo a su señor (pág. 366).

O de aquel que fue armado caballero a su código de honor.

Administrador v.s. Utopista: Oviedo y Las Casas

Por la misma época en que el rey Carlos es elegido Emperador (6-VII-1519) Oviedo se halla embarcado en algo más que una batalla cortesana, en contra de Fray Bartolomé de Las Casas. Es una de las disputas decisivas que promovió el descubrimiento. Sintetizada, en forma por demás esquemática, sería así: mientras Las Casas defiende a los indios Oviedo se muestra escéptico sobre ellos: hay que sojuzgarlos; y mientras Las Casas busca para su fundación en Cumaná el concurso de labriegos, Oviedo exige, en su capitulación con respecto a la gobernación de Santa Marta, donde, entre paréntesis, estaba situada la comarca de Cenu, la más rica en promesas de oro de toda la costa, cien hábitos de la orden de Santiago para que otros tantos «hijosdalgos en quien concurriesen la limpieza del linaje y las otras cualidades con que suele admitir este hábito clerical».

El bucólico-caritativo, que buscaba remedios evangélicos para la corrupción imperante en las Indias, se contrapone así al caballeresco con conciencia de clase, que también quería llevar adelante sus propias reformas. Pero el esquema ideal de gobierno deviene muy humana polémica y así vemos a Las Casas calificando a Oviedo de «infamador, temerario, falso, embaydor, inhumano, hipócrita, ladrón, malvado, blasfemo y mentiroso» mientras Oviedo no pierde oportunidad de recordarle —y recordarnos, con sus escritos— el fracaso de Las Casas en Cumaná. Como dice Gerbi ésta fue una muestra más de «el eterno conflicto del administrador con el utopista, del burócrata con el ideólogo»⁹.

⁹ GERBI, *Ibid.* p. 265.

Oviedo, funcionario fiscal, administrador, magistrado, hombre de negocios y no de armas ni mucho menos de religión, que había llegado a los 36 años a las Indias, era partidario de las razones de Estado y la eficiencia pragmática. Pero su polémica con Las Casas se hallaba inserta dentro de un problema más vasto: no solo aquel referente al destino de los indios, si tenían o no alma, sino aquel que parecía regir el destino de estas tierras, desde la llegada de Colón, y que J. H. Elliot, en su libro *El viejo mundo y el nuevo (1492-1650)*, 1972, ha resumido así: «Oro y conversión: estos fueron los dos logros más inmediatos y evidentes de América y los más fácilmente asociados al nombre del descubridor»¹⁰, y, añadiríamos, a todos los que luego continuaron su empresa, Oviedo y Las Casas incluidos.

Asociándose con el Diablo

Vuelve Oviedo a América a principios de 1520 pero la muerte del nuevo gobernador Lope de Sosa apenas su nave arribaba a Santa Marta lo deja solo enfrentado a quien tanto había criticado: Pedrarias. Muere, además, uno de sus hijos, de ocho años, y él, habilidoso, prefiere dedicarse al comercio de perlas y aliarse con el Diablo: al salir de Panamá, en 1522, para regresar al Darien, Oviedo va nada menos que como teniente del gobernador Pedrarias en Santa María la Antigua. Un cargo más para añadir a los varios nuevos que había acumulado: escribano general de la provincia de Castilla de Oro, receptor de penas de cámara y regidor perpetuo en la misma Santa María.

Allí muere su segunda mujer y se lanza, con gran empeño, a convertir en realidad sus ideas sobre el gobierno de estas tierras. Ordena, por pregón, que nadie tenga manceba y hace quemar publicamente, en la plaza, «todos los naipes que había en el pueblo». Solo que el severo reformador es también un capitalista ingenioso: vende hachas de baja calidad a los indios vecinos y cuando estas pierden su filo envía un barco con piedras de afilar camufladas. Así devuelve nuevas y cortantes las ya romas hachas y gana el doble con tal artimaña. Pero los indios, en otro viaje, le incendian el bergantín a Oviedo y sus socios y éste debe canalizar su ambición por otros rumbos.

A 26 de junio de 1523 y por capitulación que refrenda el secretario Cobos se le otorga a Oviedo la tenencia de la fortaleza que él habría de construir a su propia costa en la isla de Codego o en el puerto de Cartagena y también monopolio para rescatar en 12 o 15 leguas alrededor de Cartagena, islas de Barú y San Bernardo, pagando a la corona el célebre quinto de lo que obtenga.

Tampoco podrá concentrarse en esta empresa. En el Darien lo aguardan nuevos problemas. Los indios se rebelan; su rival, el bachiller Corral, lo reemplaza en su cargo, como teniente del gobernador Pedrarias y Oviedo, apuñalado en la cabeza por un tal Simón Bernal y acuchillado dos veces más en el hombro izquierdo, padece, en carne propia, todas las dramáticas tensiones del conflicto indiano. En esta ocasión, las de los conquistadores que uniéndose con indias quieren para sus hijos los mismos privilegios

¹⁰ J. H. ELLIOT, *El viejo mundo y el nuevo (1492-1650)*. Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 24.

que los de los nacidos en España. Ir y venir, entonces, de los procuradores con sus informes ante el Rey y el Consejo, eternos pleitos y juicios de residencia, y la realidad que va cambiando, por sí sola y sin mucha ayuda de las leyes, que ya entonces se acatan pero no se cumplen.

Para escapar, de seguro, a todo ello, Oviedo huye a Cuba, en un barco precario, y en 1523 vuelve a España en la misma nave en que viajaba el Almirante Don Diego Colón. De su padre, seguramente, hablaron, a quien Oviedo había visto, cuando niño, de regreso de su primer viaje, entre plumas y papagayos. Solo que antes de embarcarse de regreso a España, Oviedo se casaría en Santo Domingo, por tercera vez. Un estudio de la vida de Oviedo, Enrique Otte, da pie para un balance económico de la vida de Oviedo en este período, aventurando un cálculo de sus ingresos, entre 1520 y 1523, de 278.783 maravedís.

Luego, ya en España, volvería a escribir feroces memoriales en contra de Pedrarias, obtiene el nombramiento de gobernador de Cartagena, en 1525, cargo que nunca ejercerá, y un año después el privilegio para imprimir y poner a la venta su traducción del *Laberinto de amor*, de Boccaccio, traducción hecha del toscano al romance castellano. También en aquel mismo año, 1526, redacta, según es presumible, para satisfacer el interés del propio César, Carlos I de España y V de Alemania, su breve tratado, en 86 capítulos, intitulado *De la natural historia de las Indias*; es decir: su celeberrimo *Sumario*¹¹.

El sumario

Un libro admirable que en poco más de cien páginas, en la edición facsimilar, constituye la más sintética y valiosa introducción al tema. En esta «breve suma», y como «testigo de vista», Oviedo, quien ya ha pasado 12 años en las Indias, ofrece con una amenidad nunca exenta de poesía, y con una precisión, insospechada para la época, lo que su memoria conserva de más destacado de las nuevas tierras.

Son, todas ellas, viñetas de trazo fino, hechas con nitidez y pulso firme. Varias de ellas releídas hoy, cuatro siglos después, o más concretamente, 460 años, tienen la fresca y sugerente autonomía de un trozo de prosa válido por sí mismo. Describiéndonos vegetales, animales, peces y hombres, nos permite, mejor que nadie, recobrar la que fue una primera, e inteligente mirada sobre el Nuevo Mundo. El mismo, en la «Dedicatoria», nos da el sucinto índice de este *Sumario*: «E primeramente tratare del camino y navegación, y tras aqueste diré de la manera de gente que en aquellas partes habitan; y tras éste, de los animales terrestres y de las aves y de los ríos y fuentes y mares y pescados, y de las plantas y yerbas y cosas que produce la tierra, y de algunos ritos y ceremonias de aquellas gentes salvajes».

¹¹ La portada de la edición original dice, simplemente: *Oviedo de la natural hystoria de las Indias*. En su primera página es donde dice: «*Sumario de la natural y general historia de las Indias, que escribió Gonzalo Fernández de Oviedo alias de Valdes natural de la villa de Madrid vecino e regidor de la ciudad de Santa María del antigua del Darien: en tierra firme*». Ver, al respecto, la edición facsimilar y no venal de 3.000 ejemplares hecha en Madrid, por Espasa Calpe, en 1978, con «Nota preliminar» de Juan Pérez de Tudela, p. 13-16.

Sin papeles a la mano, y sólo con lo que el recuerdo le trae intacto, Oviedo nos habla de los 40 días de viaje; de esa tierra, la Española, «de muy lindas aguas y templados aires», y de Santo Domingo, la ciudad de 700 vecinos, donde «baten las ondas en viva peña y costa brava», y «surgen las naos cargadas junto a tierra y debajo de las ventanas».

Todo el mundo americano, tan sorprendente en sus productos naturales —el maíz, la yuca, el boniato— como en sus animales —su retrato de la iguana bien puede integrar la más exigente página de la Zoología Fantástica— va surgiendo, renglón tras renglón, con el carácter de pequeños apuntes inolvidables.

Allí están los indios que les hablan a los peces-rémoras, dándoles las más sinceras gracias por haberles permitido capturar, gracias a su ayuda, otros peces; y allí están ese mar y esas tierras recorridas por especies tan insólitas como el manatí, el armadillo y las tortugas, que el buen Oviedo trata inútilmente de ajustar dentro de las categorías de su leída *Historia Natural* de Plinio, escapándosele de su pluma y comenzando a vivir en un ámbito propio.

Un mundo de colores encendidos, de brisas enervantes, de solemnes y tranquilos paisajes, de una morbidez casi femenina, un mundo en el cual desentonarían los rugidos y los ladridos, el mundo tropical y caribeño de las Antillas, el mundo de Panamá y Nicaragua, que es el único que Oviedo conoció con sus ojos voraces y estupefactos ¹².

El de Bohios, canoas, en que viajan hasta cien hombres, hamacas, la fibra del he-nequen capaz de cortar el hierro, los areítos que cantan y danzan los indígenas manteniendo así una memoria oral de sus antepasados, las chaquiras con que se adornan, y sus mujeres, gentiles al máximo, «que de grado se conceden a quien las quiere, en especial las que son principales, las cuales ellas mismas dicen que las mujeres nobles y señoras no han de negar ninguna cosa que se les pida, sino las villanas». Mujeres, tan actuales, que «no tienen fin a ser viudas, ni religiosas que guarden castidad. Tienen muchas de ellas por costumbre que cuando se empuñan toman una yerba con que luego mueven y lanzan la preñez porque dicen que las viejas han de parir, que ellas no quieren estar ocupadas para dejar sus placeres, ni empuñarse, para que pariendo se les aflojen las tetas, de las cuales mucho se precian, y tienen muy buenas».

Oviedo, sagaz (y salaz) observador, va introduciendo así, poco a poco, un mundo de nuevas palabras —y nuevas realidades— en la conciencia de sus lectores europeos. Un mundo mágico donde los indios, habilísimos nadadores, se camuflan debajo de calabazas, se deslizan por los pantanos y esperan que sobre ellas se posen las garzas, para capturarlas. Un mundo peligroso, cuya tierra semeja tener vida propia, cruzada por esas serpientes «que de noche parecen una brasa viva, y de día son casi tan coloradas como la sangre». Un mundo que parece resumirse, en su punto más alto, cuando Oviedo paladea, volviendo golosa la escritura, el sabor de esas frutas tropicales —el mamey, la guayaba, «de lindo sabor templado, con un agrio suave y apacible», el aguacate, «que hace mucha ventaja a las peras» de España, las piñas y los plátanos, y sobre todo, el agua de coco, para cuyo elogio el idioma ya va resultándole de todo insuficiente. «Be-

¹² GERBI, *Ibid.* p. 347.